

Jesús, hombre de su tiempo y de su espacio, nos muestra nuestra completa humanidad

Introducción

En este año queremos, a través de los 8 esquemas que nos acompañarán, ponernos en escucha de la Palabra para que muestre, una vez más, a los ojos de nuestros corazones, la belleza de la persona de Jesús, de su forma de ser un hombre ambientado en una historia, en un tiempo, que hace la experiencia de la vida misma. Una experiencia compuesta por encuentros, relaciones que requieren cuidado: relación con el Padre, en primer lugar, como nos recuerda Lucas (2, 41-52), una relación durante todo el tiempo de su crecimiento con María y José, relación con la Escritura, relación con el entorno que lo rodeaba (cuántos ejemplos utiliza del mundo agrícola, de las acciones más cotidianas y simples), relación con quien sufre pero también con la alegría. No menos importante, de hecho primaria, es la relación con uno mismo escuchando la propia identidad de un Hijo que escucha todo del Padre. En general, fundamentalmente, una relación de *escucha* como actitud de cuidado de la vida en su totalidad, de la que surge *una forma de hablar*. "Digo al mundo las cosas que he oído de él", dice Jesús, pero "no entendieron que les hablaba del Padre" (Jn 8, 26b-27). ¿Cómo *habla* en lo concreto de la vida la persona que *escucha* la vida en su desarrollo y en conjunto escucha al Dador de la Vida? ¡Materia de la vida! Escuchando y hablando de un hombre, de una humanidad, un lugar de comunión de vida con el Padre pero también con cada hombre y mujer; humanidad, por lo tanto, que se convierte en un lugar de acogida y de don; también un puente de comunicación porque entramos en comunión; humanidad que revela nuestro verdadero rostro, a menudo enmascarado, pero que anhela emerger, como recreado para ser auténticamente humano y, por lo tanto, como Jesús (el verdadero hombre), recuperado para la comunión. Es interesante que en la catedral de Chartres, los intradoses tallados de una puerta lateral representan la intención de Dios de moldear al hombre mientras contempla el rostro de Cristo. ¡Nuestra identidad!

1. ENTRE SHEMÁ E INTUICIÓN: VIVIR Y DEJAR VIVIR

por Sor Chiara Ventriglia, monja ermitaña

Jesús escucha al Padre. Él lo escucha como un piadoso israelita a través de las Escrituras. De la voz de José, escucha el Shemà, la oración que se recita dos veces al día: "*Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios...*" (Deut 6,4). Desde que era un niño, cultiva la capacidad de escuchar al Dios del Éxodo, como judío está educado para escuchar el primer imperativo de Dios, ¡escuchar! Crece en edad, sabiduría y gracia (Lc 2,40.52), enriqueciéndose con la experiencia de todo su entorno, de la vida de la comunidad en la que la Torá es el centro, es la forma de vida (Dt 30,15). Pero, junto con esto, escucha con intuición; con la que algunos llaman ciencia intuitiva (Rahner); con esa habilidad que proviene de su forma única de ser, de ser un Hijo. No son dos caminos separados, sino que lo hacen una sola persona. De la Escritura, escucha cómo actuó Dios, cómo Dios mismo lo escuchó, pero de una manera que corresponde a las diferentes situaciones en las que vive como hombre. Precisamente a través de éstas, la escucha, en momentos diferentes y progresivos como un niño, como un adolescente, como un adulto, informa toda su forma de vivir como un Hijo hasta el punto de ser fiel al rostro del Padre en el don de sí mismo y de la vida divina para nosotros. Tiene una gran conciencia de que escuchar es su forma de ser y lo convierte en una comunicación viva del Padre (Jn 5,30; 8,26; 8,40; 15,15). Es una escucha habitada por el Espíritu y realizada con todo su ser. En la Carta a los Hebreos, refiriéndose a Cristo, está escrito: "no has querido sacrificio ni ofrenda, un cuerpo me has preparado" (Hb 2,10). Es la variante

de los Setenta del Salmo 40,7: "No has querido sacrificio ni ofrenda y el oído me has abierto". Entonces el oído de Cristo es todo su cuerpo, es su humanidad en relación con el Padre.

Invoquemos al Espíritu para abrir el oído de nuestro corazón

Oh Espíritu divino,

por nuestras velas caídas o dobladas por la costumbre,

sé un viento que empuja hacia la aventura

y hacia la amplitud de la vida.

Para nosotros, sordos a tu llamada por comodidad,

sé gran estruendo.

Para nosotros, acostumbrados a la monotonía de las excusas y de los compromisos,

sé novedad, fantasía y riesgo de amor.

Para nosotros, temerosos y calculadores,

sé valor, o Espíritu Santo,

capacidad de don sin medida.

Para nosotros, huesos secos, inmóviles y muertos,

sé carne, dinamismo y vida,

o Espíritu de Dios. Amén.

1.Lectio *Leer la Palabra / la escucha*

Del Evangelio según Juan (Jn 5, 30)

5, 30 Nada puedo hacer por mí mismo. Yo juzgo de acuerdo con lo que oigo, y mi juicio es justo, porque lo que yo busco no es hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió.

El evangelista Juan nos habla con un lenguaje y un estilo diferente al de los otros evangelistas. No es tan animado como Marcos, ni tan elegante como Lucas: en la práctica no es inmediato ni animado sino más bien abstracto y doctrinal. Una característica interesante es que

aparece como un pensamiento que regresa y se expande gradualmente como si fuera una espiral que va hacia arriba. De este modo, concentra la atención del lector en lo esencial, en el misterio. Podemos decir que la repetitividad sirve para profundizar cada vez más el tema. Incluso los términos que usa son característicos de una teología propia donde los milagros no sirven para evocar algo prodigioso, sino que son "signos" que se refieren a una realidad más profunda. Así es en el capítulo 5 en el que se ubica nuestro texto: hay un "signo" de curación, que no pertenece a la tradición sinóptica, y a una discusión con los judíos. La mayoría de los exegetas, le han dado al Evangelio de Juan un esquema que se articula precisamente alrededor de un punto de apoyo que consiste en la *revelación de Jesús / reacciones de los hombres*. Hablamos entonces de un esquema *narrativo / dramático de revelación progresiva*. Es un camino de revelación progresiva de Jesús a través de signos o discursos seguidos de las reacciones de los presentes. ¿Qué significa para nosotros y para nuestro texto? Al interno de la primera división fundamental en libro de los signos (cap. 1-12) y libro de la hora (cap. 13-20), nos encontramos en el libro de los signos y, según el esquema narrativo / dramático; al segundo díptico (cada díptico se compone de dos signos) de revelación corresponde la incredulidad de los judíos (cap. 5-10). En particular, estamos tras el primer signo (de los dos que forman parte del díptico), la curación de un parálítico en la piscina de Betzatà, donde hay una serie de reacciones inmediatas centradas en la controversia del sábado, día en el cual se lleva a cabo la curación. Una curación en sábado, el día en que el judío imita a Dios que descansa de la creación en el séptimo día, no sólo enciende la controversia sobre la transgresión sino sobre la identidad de Jesús. Abordemos el texto.

a. No puedo hacer nada solo. En el mismo capítulo ya encontramos esta afirmación de Jesús, así como en el capítulo 8.

5,19: *el Hijo no puede hacer nada solo, excepto lo que ve hacer al Padre*

5,30: *de mi parte, no puedo hacer nada juzgo según lo que escucho*

8,28: *No hago nada solo, hablo como el Padre me enseñó*

Por lo tanto, no es una afirmación única, pero cuando las reacciones se vuelven más apremiantes, Jesús la repite varias veces y se refiere a diferentes facultades de su ser humano. En particular, la primera vez que aparece esta declaración (5, 19) está precedida por *amen, amen*. Es un término que en hebreo proviene de otro, "*aman*", que indica lo que es sólido, firme, y de éste, por la misma raíz '*mn*', deriva '*emet, verdad*'. Por lo tanto, Jesús da una gran fuerza a sus afirmaciones, como si nos dijera: "Mi palabra es firme", "así debe ser". *No puedo*, no es la impotencia de aquellos que no tienen una autonomía saludable, ni la pseudo-humildad de aquellos que esconden la voluntad de emerger o aparecer: Jesús no vive de sí mismo, de un programa original y personal de su promoción humana, sino que cada una de sus acciones provienen de una relación; las facultades que expresan su humanidad son las relaciones. Él tiene una gran conciencia de que todo lo recibe como Hijo, "el Padre ama al Hijo y le manifiesta todo lo que hace" (5, 20), y "el Padre ama al Hijo y le entregó todo" (3, 35). Tampoco es subordinación. Podemos deducirlo de la frase de Jesús que inicia la controversia: "Mi padre actúa incluso ahora y yo también actúo" (5, 17): actuar en griego se traduce con el verbo *ergazomai*, que significa operar, usado al presente y en el sentido absoluto tanto para el Padre como para el Hijo. Lo que indica igualdad y coordinación única.

b. Juzgo según lo que escucho. Escuchar es un canal de recepción del Padre y de igual modo, de acogida (también será una escucha mutua en el momento de la resurrección de Lázaro (Jn 11, 41-42)), la forma fundamental de relacionarse con el Dios de Israel que Jesús recibió del shemà y de su actuación en la historia, filtrada por la búsqueda del corazón de su hijo. Una escucha que se convierte en luz porque se convierte en transparencia del Dios bíblico que cuida a Israel, que propone la vida "He puesto ante ti la vida y la muerte, elige la vida" (Dt 30, 19), se convierte en un espejo del Dios de la vida. No olvidemos que estamos en disputa con los judíos por la transgresión del sábado: el *shabat* es cesar y descansar, sólo Dios está dispensado porque debe trabajar continuamente para dar su vida y juzgar. En el Talmud, el tratado de *Yomà* dedicado al sábado de los sábados, el día de Kipur (día de expiación) dice: "a ustedes se les dio el *shabat*, lo que significa que hay situaciones en las que se debe observar el *shabat* y situaciones en que puede ser profanado al no observarlo si así lo requiere la preservación de la vida". Jesús gana la prerrogativa divina que se asimila al Dios que juzga y toma la decisión de trabajar para la vida. En el momento en que, escuchando, se convierte en un espejo del Padre que habla, él se vuelve una figura discriminatoria de acogida o rechazo hacia él. No se trata de un juicio retributivo, sino de poner, con su comportamiento como hombre, a los presentes ante elecciones de vida, de sí mismo como vida (Jn 14, 6) para una elección según la vida. El Padre no juzga, sino que dio todo juicio al Hijo (5, 21) porque él es el hijo del hombre (5, 27): sólo como hijo del hombre, con su humanidad en escucha esto se convierte en transparencia y comunicación, Jesús juzga los eventos y se convierte en juicio para aquellos hombres que están frente a él y no lo reciben. Precisamente porque Jesús está en fiel escucha, les hace comprender su ser (vida) y su misión (transmitir vida) puede actuar con autoridad al volver a proponer el valor del Dios de la vida. La vida que Juan llama *zoè* (distinguiéndola de la *bios*), esa vida total que ninguna muerte puede quitar, y que se da precisamente a quien escucha la voz del Hijo (5, 25), resonancia de la del Padre (8, 26).

c. Mi juicio es justo, porque lo que yo busco no es hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió. El punto central es el verbo buscar. Antes de querer la voluntad del Padre, es necesario conocerla, por lo tanto, buscar está en relación con el deseo de Jesús de ser como el hombre en armonía con el Padre.

- Es directamente consecuencia de la escucha porque la búsqueda tiene que ver con la dimensión humana de Jesús animada por el discernimiento del Espíritu

- da calidad a la escucha misma y al juicio (justo) porque es la búsqueda de la voluntad del Padre.

Detengámonos entonces en el adverbio justo. En el mundo bíblico, el entrelazamiento de las relaciones se caracteriza por la palabra justicia como un cuidado por la vida de los demás y la propia, como una cualidad de la relación que permite la vida de todos los sujetos de la relación. En las relaciones con Dios y con los demás se requiere relacionarse de acuerdo con la justicia: si hay sufrimiento, si hay pobres, marginados en la comunidad, significa que hay una relación de injusticia. Dios, que escuchó el lamento de Israel, pide ser escuchado y cuidar, como él, de la vida de los oprimidos: la justicia *sedaqah*, es la plena aceptación de la voluntad de Dios y la justicia hacia el prójimo (Ex 20,12-17). Escucha para entrar en una relación justa, para buscar la voluntad de Dios y estar en conformidad con esta: ser justo. Pero en el Evangelio de Juan, ¿cómo aparece esta voluntad del Padre? En el capítulo 4, 34 Jesús dice que su alimento es hacer la voluntad de quien lo envió y completar su obra. La referencia al alimento está en Deut 8, 3: "el hombre vive

de lo que viene de la boca del Señor" y es una clara referencia al hecho de que YHWH hace vivir a través de sus mandamientos que salen de su boca. Entonces los mandamientos dan vida. Entonces, ¿cuál es la voluntad del Padre? En el capítulo 6, 39-40 "esta es la voluntad del que me envió: que no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite el último día... el que ve al Hijo y cree en él tiene vida eterna". Una diatriba la del sábado que resalta cómo el enviado (repetido 26 veces en el Evangelio de Juan), que escucha, busca, la voluntad del Padre, se remonta a la intención de la Ley, a la salvaguarda de la vida: si los mandamientos dan vida, ahora el justo juicio se cumple en Jesús porque es él quien da la vida "Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10b).

2. Meditatio *meditar la Palabra / que resuena*

La humanidad de Jesús nos desafía. Es un llamado a escuchar para vivir y para dejar vivir. Porque frente al otro descubrimos nuestra identidad y porque nos convertimos en portadores de vida para el otro. El hombre Jesús nos coloca frente a la calidad de nuestra escucha, a la forma en que construye nuestra vida diaria, a las relaciones con los demás y a nuestra forma de tener una posición frente a la vida.

- Escuchar con todo nuestro ser; ante todo con nuestro ser mujeres

- escuchar para no vivir a partir de nosotras mismas,

- escuchar para vivir con un juicio justo. No por el perfeccionismo, ni para tener siempre la razón, incluso con ansiedad por el desempeño, sino en la sencillez que evoluciona al escuchar la Palabra y el Espíritu. El hombre Jesús no solo podía escuchar con intuición: ¡tenemos el Espíritu Santo! Les propongo un texto de A. Louf que puede ayudarnos a abrirnos al encuentro con la Palabra que espera ser escuchada y encarnada para guiarnos, como la escucha de Jesús, hacia elecciones y acciones que salvaguarden la fuerza vital del Espíritu que está en nosotros y que él nos ha dado para el camino del crecimiento hacia una humanidad cada vez más "justa" porque es conforme a la Vida.

... es el admirable misterio de la Palabra de Dios que vuelve a cumplirse en nuestros corazones. Durante algún tiempo el corazón está dormitando, pero el Espíritu de Dios ya está presente allí y, sin que lo sepamos, clama al Padre. Este mismo Espíritu también está presente en la Palabra de Dios que desde afuera está tocando nuestro corazón adormecido. El corazón del hombre fue hecho para acoger la Palabra... Pero el corazón debe ser purificado y preparado, es insensato y lento a creer, agobiado por los placeres y las preocupaciones... Pero cuando la Palabra desafía nuestros corazones, ambos pueden reconocerse mutuamente, así de repente, gracias al Espíritu. omnipresente. De uno chispea una centella hacia el otro. Se establece un diálogo fructífero entre el Espíritu que dormitaba en nuestros corazones y el Espíritu que actúa en la Palabra. En la Palabra, como en un espejo, reconocemos nuestro nuevo rostro. En ella somos testigos de nuestro renacimiento en Cristo. "El hombre escondido en las profundidades del corazón" (1Pt 3,4) despierta en nosotros.

(de *Lo Spirito prega in noi* [El Espíritu que ora en nosotros])

3. Oratio *rezar la Palabra*

Dios grande y maravilloso,
muchas veces, en nuestras letanías,
decimos "Escúchanos Señor",
sin preguntarnos antes
si primero te hemos escuchado,
si hemos estado en armonía
con tus palabras, con tus silencios.

Queremos que inclines tu oído
hacia nuestra súplica,
sin molestarnos en corregir
nuestra sordera, la dureza de nuestro corazón.

Tú, oh Padre, interpreta nuestra pobre oración,
y cuando nos escuches repetir:
escúchanos, Señor,
sepas que tenemos la intención de decirte:
abre nuestros oídos
para escuchar tu voz.

Danos un corazón que te escuche,
Padre de misericordia,
con el Hijo y el Espíritu de amor.

(Bernard Haring)

4. Contemplatio *contemplar la Palabra / el silencio*

En el silencio de las palabras, del razonamiento, permitamos que surjan alabanzas, maravillas y gratitudes: permitámonos ser arrastrados al flujo incesante de la Vida que la humanidad de Jesús trasplantó a la tierra, en nosotros; dejémonos ser arrastrados a la comunión, en este "ver más allá" que el Espíritu nos ha dado.

5. Collatio *compartir la Palabra*

La Palabra nos ha dado a cada una un don de humanidad para encarnar, un don para la vida. Escuchar a Dios, en compartir la Palabra, ahora se convierte en escucha del don que Dios le ha dado a cada una.